

Francia, otoño 2010
Anatomía de un gran movimiento social
Entrevista con **Sophie Beroud** y **Karel Yon**

Investigadores en ciencias políticas, Sophie Beroud y Karel Yon analizan en esta entrevista para la revista *ContreTemps*, el gran movimiento social del otoño de 2010 en Francia. Describen las principales características de estas movilizaciones, la forma como se articulan en un proceso de transformación del campo sindical y señalan las cuestiones estratégicas puestas a la orden del día por estas semanas de luchas.

***ContreTemps*. El movimiento contra la reforma de las pensiones, iniciado en primavera se sitúa en una línea de grandes conflictos sociales...**

Sophie Beroud y Karel Yon. La potencia del conflicto, su contenido política y la propia dramaturgia de esta oposición masiva de la calle al poder, contribuyen a situar a este movimiento como un momento agudo de las luchas de clase en Francia.

Tiene una relación directa con los movimientos de 1995 y 2003, cuando centenares de miles de trabajadores bajaron a la calle, y algunos sectores se pusieron en huelga, por el mismo tema: la oposición a la reforma de las pensiones, la reforma de los regímenes especiales en 1995, y la del régimen general en 2003. La cuestión de las pensiones produce siempre grandes conflictos sociales. Es un elemento que ha jugado un papel central en la estabilización de la condición asalariada, así como en la implantación del poder de las organizaciones sindicales, a través de su participación en la gestión de las instituciones de los trabajadores.

Por su duración, por la amplitud de las manifestaciones, por el bloqueo casi total de algunos sectores de actividad, el movimiento muestra rasgos comparables con otras grandes secuencias de conflictividad social. Está en la línea de los conflictos sociales del otoño de 1995 y del invierno de 1986, por su dinámica de ampliación progresiva y el apoyo que ha recibido en la población. La movilización se ha extendido de los asalariados a una parte de la juventud, a los bachilleres y en mucho menor medida a los universitarios. En 1986 y 1995, la dinámica fue la inversa: las movilizaciones de la juventud escolarizada anticiparon las de los asalariados. También en la primavera de 2006, el temor a una entrada masiva de los trabajadores a un conflicto centrado en el mundo educativo llevó al Presidente de la República a ceder en el CPE [Contrato Primer Empleo]. El papel motor jugado por el frente unido de organizaciones sindicales recuerda a la movilización contra el CPE de 2006, y también a la de 2009 contra la crisis.

Por último, y hay aquí un vínculo directo con la secuencia anterior de la primavera de 2009, el movimiento se ha levantado en contestación a la reforma de las pensiones, pero se ha alimentado al mismo tiempo de un rechazo mucho más amplio a la política sarkozyana. Desde este punto de vista, el contenido político de la actual movilización es mucho más explícito, más tangible que en 2003, por ejemplo, cuando Jacques Chirac acababa de ser elegido por defecto frente a Jean-Marie Le Pen. La dimensión de crisis política es mayor, lo que

justifica las continuas referencias a Mayo-Junio de 1968. Proviene de una gran deslegitimación del poder político, puesta de manifiesto por dos acontecimientos particulares: el *affaire* Woerth-Bettencourt, y la creación por el gobierno de un “problema gitano”, lo que ha sido interpretado de forma general como una escandalosa maniobra de diversión para hacer olvidar al primero. En el fondo, este movimiento tiene lugar después de la secuencia de la primavera de 2009, con grandes movilizaciones contra la crisis. La combinación de estos elementos engendra un profundo sentimiento de injusticia. Se ha impuesto la imagen de un poder que gobierna para los negocios y que siempre pide hacer sacrificios a los mismos. Las contradicciones resumidas en la personalidad de Sarkozy, que pretendía ser a la vez heraldo del poder de compra y presidente “bling-bling” –el “presidente de los ricos”–, como dicen los Pinçon, han estallado con este conflicto.

***ContreTemps*. Esta movilización parece muy diferente de las anteriores. En primer lugar, por la durabilidad de la intersindical. ¿Cómo analizáis la táctica sindical: es la situación actual la consecuencia lógica ante la actitud del poder, o se trata de la continuación de un proceso abierto cuya evolución ha cogido de improviso en buena medida a las difecciones sindicales? ¿En qué medida hay que tener en cuenta las contradicciones internas en cada organización, sobre todo en el caso de la CGT, para comprender la actitud de la dirección en el movimiento? ¿Cuáles son las dificultades que encuentra hoy esta estructura intersindical y qué papel puede todavía jugar?**

Vimos emerger esta intersindical en el movimiento contra el Contrato Primer Empleo (CPE), pero fueron las manifestaciones contra la crisis las que le dieron su legitimidad. Es toda una novedad en el paisaje sindical francés, marcado por las rivalidades organizativas, que se perpetúe una estructura que reconoce el pluralismo del movimiento sindical –incluyendo a aquellos de sus componentes habitualmente mantenidas al margen– mientras intenta fabricar una coherencia.

El movimiento, por lo menos hasta la votación de la ley, no se ha caracterizado por un desenganche entre los equipos sindicales de base y las direcciones federales y confederales. Esto ocurrió en 2009, cuando intensos debates atravesaron a la CGT y a *Solidaires* [Solidarios] en torno a un marco intersindical al que se acusaba de haber agotado el movimiento por falta de estrategia alternativa a unas jornadas de acción “a salto de mata”. En esta ocasión, la construcción progresiva del movimiento y el éxito que no ha dejado de cosechar en el plano de la participación, no han colocado a equipos de militantes en situación de enfrentamiento con su propia organización. Estamos muy lejos de una configuración como la de 1986 cuando las coordinaciones aparecían como el instrumento indispensable para los militantes para dirigir sus luchas.

El hecho de que el marco de la intersindical sea poco contestado no quiere decir que no sea objeto de críticas. Las jornadas de acción han podido aparecer demasiado espaciadas al comienzo, el llamamiento a la huelga renovable en todos los sectores nunca ha llegado a ser formulado y el hecho

de reivindicar la apertura de negociaciones, es decir otra reforma, ha impedido el acuerdo sobre la consigna clara de retirada del proyecto de ley. Pero la dinámica creada por la intersindical y el hecho de que nada haya venido a sustituirla, refuerza el papel central de los sindicatos. Podría haber aparecido un movimiento ciudadano a partir de los comités unitarios, como ocurrió cuando el TCE, por ejemplo. Pero los comités unitarios para la jubilación a los 60 años, que contribuyeron en un principio a preparar el terreno ideológico, quedaron pronto eclipsados por la movilización sindical y no consiguieron desarrollarse vinculados a esta movilización. La aceptación del pluralismo de opciones sindicales, y la decisión de Solidarios y FO, por un lado, y de CGT y UNAS por otro, de asumir públicamente y en distintas ocasiones sus desacuerdos, ha permitido a la intersindical presentarse como un marco democrático. No se trata de un estado mayor sindical que se impone, dejando a un lado las opiniones disidentes, sino de un marco de coordinación cuya diversidad interna entra en resonancia con la pluralidad de opciones con que se enfrentan localmente los trabajadores. De esta forma, la intersindical se ha presentado como un marco flexible que no impide otras formas de acción, más radicales, decididas localmente. Pero la propia lógica del marco le ha impedido ser la caja de resonancia de estas estrategias. Se ha visto en la actitud de la intersindical ante la dinámica de radicalización –implantación de la huelga en algunos sectores, acciones de bloqueo y enfrentamientos al margen de las manifestaciones estudiantiles. Aunque el comunicado del 21 de octubre hablaba de responsabilidad del movimiento sindical, apoyo de la opinión pública y “respeto a los bienes y las personas”, no ha dado ningún apoyo explícito a los movimientos huelguísticos en curso, como si éstos no tuvieran derecho de ciudadanía en dicho marco.

La línea es tenue, y ahora que entramos en una fase percibida como declive del movimiento, podría darse una dinámica de disensiones sobre la continuación de las acciones a emprender. El vínculo entre los equipos sindicales y los trabajadores movilizados a nivel local con los portavoces sindicales nacionales es estrictamente representativo. El control sobre las orientaciones nacionales se rige por los mecanismos democráticos internos de cada organización. Los responsables de la CGT han invertido mucho tiempo durante el movimiento en fabricar “decisiones compartidas” dentro de la confederación, sobre todo por medio de reuniones de las federaciones, y también de las uniones territoriales.

Está claro que las formas adoptadas por las últimas movilizaciones han colocado a las organizaciones sindicales en el centro del juego y que el marco de la intersindical ha contribuido mucho. Hay dos hechos que explican este fenómeno de la intersindical: la reforma de la representatividad sindical, iniciada en 2008, y la reorientación estratégica de la CGT emprendida en los años 90.

Haciendo de la representatividad sindical un derecho ascendente y evolutivo, conquistado a partir de los resultados obtenidos en las elecciones de empresa, la reforma de 2008 volvió obsoleta la frontera que oponía a las cinco confederaciones que se beneficiaban de una representatividad “indiscutible” – CGT, CFDT, FO, CFTC, CGC– y las otras organizaciones -NSA, *Solidaires*, FSU. En 2013 se sabrá qué organizaciones son representativas a nivel nacional interprofesional. Mientras tanto, sólo queda cerrar o abrir más o menos el juego. Este allanamiento de las condiciones de concurrencia sindical

se manifiesta ya en el acceso de *Solidaires* a las subvenciones institucionales [Magistraturas de Trabajo] y a algunas instancias de “diálogo social”, como los Consejos económicos, sociales y medioambientales nacional y regionales. En 2009, pese a las antiguas racionalidades, fue posible integrar a las organizaciones sindicales “no representativas” en la intersindical. Estas últimas –la FSU, *Solidaires*, el UNSA– tuvieron por su parte cuidado en no separarse del marco unitario. En 2010 asistimos a una reconfiguración: el campo ya no está repartido entre organizaciones representativas y no representativas, sino entre dominantes y dominadas en el juego sindical. El cambio de lógica de representatividad está ya asumido y las organizaciones sindicales dominadas se conceden más libertad, lo que pudiera llegar a convertirse en una posición distintiva. Se puede ver en el caso de FO, cuya posición está desestabilizada por la reforma –que acaba con la imagen de “las tres grandes confederaciones”– pero con medios para mantener una posición autónoma. También *Solidaires* ha podido darse mayor libertad, al decidir firmar una a una las declaraciones de la intersindical.

Pero para que exista la intersindical, hace falta que las organizaciones sindicales dominantes en el terreno lo quieran. La CFDT, tras el traumático episodio de 2003, tenía mucho interés en evitar cabalgar solo. Aunque es sin duda la CGT quien sostenido con mayor voluntarismo este marco unitario. Lo sitúa en una perspectiva estratégica que sus dirigentes denominan “sindicalismo reunido” desde final de los años 90. Es un marco unitario sin exclusiones, cuyo eje privilegiado se basa en la relación con la CFDT, su principal rival. La estrategia parece estar dando sus frutos, con la fragilidad intrínseca debida al posicionamiento de la CFDT. En cierto modo, la apuesta de la dirección de la CGT parece ganada: adoptar una postura abierta, de llamamiento a la negociación, para hacer recaer en el gobierno la responsabilidad de la radicalización del movimiento y “ganar a la opinión pública”; dejar a los “actores”, los asalariados, que decidan sus formas de entrar en el movimiento y sus modos de acción; contar con una intersindical que incluya a organizaciones como la CFDT, la CFTC y la CFE-CGC. Esta apuesta parece también estar bien encarrilada desde el punto de vista de la acción sindical: los equipos de CGT llevan a cabo actualmente en diferentes sectores privados un gran trabajo de distribución de octavillas y de toma de contactos con los asalariados en empresas sin presencia sindical. Los resultados concretos de este trabajo de sensibilización se pueden ver en la participación en las manifestaciones, con una renovación permanente de los cortejos (de empresas, pero también manifestantes aislados, más jóvenes, y muchas mujeres que desfilan tras las banderolas de la CGT). También los cortejos de *Solidaires*, sobre todo en París, son impresionantes por su capacidad de atraer a simpatizantes, a asalariados no siempre organizados. Algo se está ventilando, aunque no quiere decir que vaya a desembocar verdaderamente en sindicalización y en creación de nuevas bases sindicales duraderas.

Aunque la fuerza del movimiento confirma a la dirección de la CGT en sus decisiones –y lo confirma también ante una gran parte de sus adherentes–, éstas no dejan de ser ambiguas. La idea de que los asalariados deben decidir por sí mismos, por respeto a las prácticas democráticas –lo que sin duda es muy importante– enmascara también una forma de abandono sindical: no se quiere que los equipos más militantes, los que están dispuestos a entrar en

huelga renovable y a bloquear el aparato de producción, dirijan el movimiento para ampliarlo y llegar a otros asalariados. Se entiende este punto de vista, pero así no se resuelve la cuestión de construir una relación de fuerzas real. Hay todo el derecho a preguntarse derecho qué habría sido del movimiento sin el bloqueo de las refinerías. La idea de dirigirse prioritariamente a la opinión pública, en una relación muy acrítica con este concepto y con los instrumentos de sondeo, constituye una extraña interiorización de la debilidad estructural del sindicalismo francés. Se toma a la opinión pública como un todo fluctante lo que excluye un discurso que se apoye en un análisis en términos de clases sociales. El objetivo es cuidar la imagen del sindicalismo ante la población, esta buena imagen –el sindicato como interlocutor social legítimo y responsable– que se plantea como condición para poder ganar adherentes. Pero, desde otra óptica, este discurso conduce a huir de cualquier proyección demasiado política, donde se hable del “nosotros” movilizado, donde se represente a los trabajadores levantados contra la política que se lleva a favor de las clases dominantes.

A la vista de estos aspectos, no parece que las direcciones sindicales “hayan sido cogidas de improviso”. El marco intersindical no les ha venido impuesto por la base, sino que ellas lo han creado y lo imponen como una condición *sine que non* del éxito de toda movilización. En cambio, la participación masiva de los asalariados –esto es, la amplitud de la contestación contra el gobierno actual y la política de Nicolas Sarkozy– ha permitido a esta intersindical superar sus tensiones internas y su debilidad estructural, relacionada con las profundas divergencias existentes en el seno del arco sindical, de *Solidaires* a la CFE-CGC. Saber si hubiese sido posible hacer otra cosa con este excepcional potencial de contestación, nos lleva a otro debate, pero este debate no ha llegado a fraguar realmente a causa de la movilización.

***ContreTemps*. Otro hecho destacado es que, a diferencia de las grandes movilizaciones de las dos últimas décadas, la locomotora del movimiento no ha sido esta vez ni la enseñanza, ni los transportes –aunque haya habido huelgas importantes en ambos sectores–, sino el sector privado, y en concreto los trabajadores de las refinerías. ¿Cómo se explica? Y más en general, ¿cómo analizáis, a nivel sectorial, la diversidad de dinámicas de la movilización en curso y la articulación entre luchas de asalariados y luchas de la juventud?**

Dada la presencia más relativa en las huelgas de trabajadores del sector público, que habían sido los principales motores de las luchas interprofesionales desde 1995 (SNCF y educación nacional, y también La Poste, EDF-GDF, ...), este movimiento ha adoptado más bien la forma de manifestaciones masivas, con una gran presencia de asalariados del sector público y también de muchas empresas privadas, combinadas con movimientos huelguísticos –a veces minoritarios– en diferentes sectores: comedores escolares, transporte por carretera, guardas jurados, recogida de basuras, y desde luego las refinerías...

Hay que analizar tanto las condiciones que han podido obstaculizar la movilización de los sectores habitualmente más movilizadas, como las que han

favorecido la emergencia de nuevos frentes de movilización. Los obstáculos a la movilización de ferroviarios o enseñantes son fáciles de descubrir: ¡el fracaso de las movilizaciones precedentes! Desde 2003, estos dos sectores han sido la punta de lanza de numerosas luchas que han concluido globalmente en fracasos. Esta situación explica la dificultad de movilizar a los trabajadores de ambos sectores y a a mismo tiempo la perseverancia de una contestación mantenida por una minoría radicalizada: los débiles porcentajes de huelguistas y a su vez su persistencia en el tiempo. No hay que olvidar tampoco que el impacto económico y simbólico de una paralización de los transportes urbanos y ferroviarios se ha reducido considerablemente tras la ley del 21 de agosto de 2007 sobre los servicios mínimos. Aunque los militantes sindicales consigan evitar, sobre todo con huelgas rotatorias, las nuevas limitaciones debidas a la obligación de dar continuidad al servicio público, este dispositivo, que incluye la obligación individual de declararse en huelga 48 horas antes, ha supuesto obstáculos suplementarios a la acción colectiva.

Por eso ha sido toda una sorpresa ver a los trabajadores de las refinerías –y en menor medida, del transporte por carretera– tomar el relevo de los ferroviarios y de los chóferes de autobuses. Aunque la punta de la movilización haya sido en esta ocasión, cosa rara, el sector privado, se trata sin embargo de un sector donde las condiciones y la remuneración del trabajo lo acercan a las empresas públicas. También hay que entender el papel jugado por las refinerías por las dinámicas propias de un sector donde planea la amenaza de una nueva desindustrialización, con la deslocalización del refino a lugares más cercanos a las actividades extractivas del petróleo. La lucha por el mantenimiento de la refinería Total en Dunkerque, en el primer semestre de 2010, ha permitido a los trabajadores hacer la experiencia de la eficacia de determinados registros de acción. Hay que tener en cuenta también las problemáticas internas en la CGT, al incluirse su federación de industrias químicas entre los críticos a la línea del “sindicalismo reunido”.

También hay que considerar el arraigo territorial de las movilizaciones, como lo muestra la fuerza y la extensión del movimiento en Marsella y en Bocas del Ródano. No se entienden las huelgas renovables desde primeros de octubre en los Monoprix sin considerar la mucho mayor y más regular participación de los trabajadores del sector privado durante las movilizaciones de 2003, 2006 o 2009 en Marsella. La particularidad marsellesa tiene que ver con la situación del empleo, con la historia social local y con el trabajo militante realizado desde hace años entre parados y precarios.

En el comentario a un artículo que publicamos en *Contre Temps*, sobre las movilizaciones contra la crisis en la primavera de 2009, un internauta sugería una hipótesis. Las movilizaciones contra la crisis habrían constituido un giro en las formas de movilización. Se habría pasado de movimientos arrastrados por sectores en lucha, por lo general del sector público, a formas de movilización más heterogéneas, más estructuradas en un plano territorial, implicando a más empresas del sector privado... sin pensar en ningún caso en dinámicas de movilización que sean resultado de la acción de un sector profesional que se sitúa en vanguardia. Esta reflexión resulta pertinente en el marco de un pensamiento estratégico orientado por el objetivo del “¡Todos juntos!”. Refleja un equilibrio en evolución entre sectores público y privado: la potencia del sector público está mermada, nuevas fuerzas emergen en el sector privado, a veces procedentes del público, y la precariedad se difunde por

todas partes. Esto tiene que ver con la renovación de los asalariados y con las políticas empresariales que erosionan las culturas profesionales y militantes, que solían estar imbricadas... Esta reflexión invita a repensar las dinámicas de movilización, y en particular a superar la oposición entre partidarios de la huelga general y partidarios de manifestación los sábados, para reflexionar en la articulación de estas formas de acción, intentando convertir en ventaja el obstáculo que constituye la heterogeneidad creciente de los asalariados (ver lo que escribe a este respecto Philipoe Corcuff en un artículo que se publicará en el nº 113 de VIENTO SUR). La realidad del movimiento sindical actual está marcada sin embargo por la falta de pensamiento estratégico. Aunque se puede pensar de forma racional que sólo una dinámica de generalización del movimiento, de bloqueo efectivo de la economía, podría hacer replegar al gobierno, una gran mayoría de sindicalistas parten hoy día del principio de que esta dinámica es imposible, o que ni siquiera es deseable.

ContreTemps. En este movimiento ha aparecido de nuevo un fenómeno que suele considerarse paradójico: por un lado, la movilización es muy fuerte, si consideramos la participación en las manifestaciones y la popularidad que acreditan los sondeos, incluso cuando se ha endurecido; por otro, las huelgas renovables no han llegado a fraguar. Este tipo de fenómeno ya había sido sugerido en 1995 con la idea de “huelga por poderes”. Esta lógica aparece de forma explícita cuando los trabajadores de las refinerías en lucha declaran: “estamos bloqueando para aquellos que no pueden hacer huelga”. En esta ocasión, sin embargo, la multiplicación de acciones de bloqueo (carreteras, flujos de combustibles, basureros...) puestas en marcha por colectivos interprofesionales parece esbozar un nuevo modelo: hacemos huelga cuando se puede, nos arreglamos para participar en las manifestaciones, pero la inserción en la movilización implica también una búsqueda de efectos económicos concretos. Esta dinámica recuerda el papel crucial de los cortes de carreteras en las luchas de los *piqueteros* en Argentina en 2002-2003, o más aún el ciclo de movilizaciones que, en la primera mitad de los años 2000, precedió al ascenso al poder del MAS de Evo Morales en Bolivia... En resumen, la degradación de la posición de muchos asalariados en su lugar de trabajo tendría como efecto el hacer muy difícil una generalización de las huelgas, pero a cambio podría dar lugar a una mayor diversidad de expresión de la conflictividad, sin excluir procesos de radicalización. ¿Qué pensáis de esta lectura? De ser así, ¿en qué medida esta movilización marcará, en Francia, el inicio de un nuevo modelo de gran conflicto social?

La primavera de 2003 estuvo marcada por los intentos de los enseñantes por llevar su lucha junto a los trabajadores del sector privado. El CPE [Contrato de Primer Empleo], en 2006, marcó aún más claramente esta voluntad de unión entre el mundo educativo en sentido amplio y el “mundo salarial” (bien entendido que la educación forma parte también del mundo del trabajo), por medio de la organización de asambleas generales interprofesionales y de muchas acciones contundentes, que pretendían llamar la atención de la opinión

y obstaculizar el funcionamiento normal de la economía. Volvemos a encontrar hoy estas formas, y lo más interesante es que la lógica de las acciones contundentes, de los bloqueos, que inicialmente las llevaban a cabo las franjas más radicales, está muy asumida dentro de las propias organizaciones sindicales. La difusión de estas prácticas, implicando a actores diversos, forma parte de la recomposición de una identidad colectiva, otros de cuyos síntomas son las “huelgas por poderes”. El fenómeno ha sido muy visible durante el movimiento, con multitud de apoyos espontáneos a los huelguistas, de cajas de resistencia y acciones de solidaridad de vecinos, de ciudadanos, de enseñantes. Algunos medios de comunicación, como *Mediapart*, han jugado un papel importante en la construcción de este movimiento de solidaridad. Los cortejos de las manifestaciones, aunque estructurados por los delegados sindicales, se han mostrado más heteróclitos. El alineamiento del sector privado y del público ha borrado el pasivo de 1993. El movimiento contra el CPE reveló una imbricación, en adelante estrecha, entre el mundo del trabajo y el de la escuela. El movimiento ha desarrollado una conciencia de su propia legitimidad, lo que le ha permitido no caer en la trampa de la estigmatización de los provocadores. Son otros tantos elementos que forman parte de la reconstitución de una identidad común.

Pero en nuestra opinión sería erróneo insistir demasiado en la novedad de un modelo de movilización que, de hecho, supusiera que los anteriores modelos están superados. En primer lugar, es muy arriesgado ir más allá de las analogías formales con América Latina, cuyas estructuras sociales son muy diferentes. Por ejemplo, el fenómeno argentino de los *piqueteros*, su naturaleza de movimiento de desempleados, su inscripción territorial, reflejan una liquidación de las instituciones del Estado-providencia y de los asalariados que no tiene comparación con lo que conocemos en la “vieja Europa”. Además, el “antiguo” conflicto industrial, basado en la huelga y en la empresa como campo de batalla, sigue siendo central. Lo demuestran los últimos desarrollos del movimiento: la vuelta al trabajo en las refinerías ha sido vivida como el fin de la movilización. El registro de la huelga sigue siendo central para arraigar la acción en el tiempo, y la opción pose los bloqueos “desde el exterior” puede ser entendida como un reconocimiento de debilidad respecto a las posibilidades de tener peso dentro mismo de las empresas.

En vez de modelo de movilización, sería más acertado utilizar para estos fenómenos el concepto, más flexible, de “repertorios de acción colectiva”. Sin duda, hay formas nuevas de movilización, que tienen relación con las transformaciones del capitalismo y de la organización del trabajo. En un mundo salarial cada vez más fragmentado, donde el colectivo de trabajo ya no está tanto unificado por su concentración espacial como modelado por un conjunto de flujos –de trabajadores, de productos, de comunicaciones–, el bloqueo de stocks de productos, de travesías industriales o de vías de comunicación, es un medio de llegar a los trabajadores y de pesar realmente en el funcionamiento de la economía. El repertorio de acción se enriquece, ya que los registros de acción colectiva se ajustan a los modos de dominación. Porque tras la imagen de un capitalismo en red, asistimos en las empresas a fenómenos de concentración financiera (con la constitución de grupos cada vez más importantes) y de recentralización del poder estratégico –lo que N. Lichtenstein describe con el modelo gerencial de Wal-Mart. Aunque las

empresas son cada vez más interdependientes, no es cierto que esta interdependencia se traduzca en una dilución del poder.

Existe además un riesgo, que fue muy visible en los movimientos universitarios, del CPE a la LRU: las prácticas de bloqueo y las escapadas fuera de los lugares de trabajo (asalariado o escolar) pueden conducir a una huida hacia delante, profundizando el corte existente entre los sectores más radicalizados y el gran número de los menos implicados.

En fin, si queremos subrayar las novedades, habría que mencionar también elementos como el recurso al sufragio: la movilización colectiva, y en ocasiones la huelga, han podido apoyarse en el recurso a las urnas, presentadas como una garantía de transparencia democrática. En la historia del movimiento obrero ha habido interesantes fluctuaciones sobre las concepciones y prácticas legítimas de la democracia obrera. Cuando organizaciones de la CGT proponen el voto secreto, estamos lejos de aquel elemento (el voto a mano alzada de quienes están comprometidos en la lucha) que durante mucho tiempo fue percibido como signo de identidad: ¡estuvo en el origen de la escisión de FO cuando las huelgas insurreccionales de 1947! En efecto, el recurso al voto secreto fue denunciado durante tiempo como una maniobra de desmovilización, desagregando al colectivo movilizado en beneficio de las racionalidades individuales.

Pero estas evoluciones reflejan también la manera como las prácticas democráticas son investidas y puestas en marcha por individuos que no tienen ya la misma socialización política. Las asambleas estudiantiles cuando el CPE fueron lugar de intensos debates sobre la organización de las votaciones, sobre la legitimidad de estas votaciones respecto a los piquetes. Desde otra óptica, el hecho de organizar una votación ciudadana sobre el futuro de Correos o pedir un referéndum sobre EDF, son vistos como medios para ampliar la movilización más allá de los asalariados de estas empresas, formas de implicar a la población apoyándose en su condición de usuarios. Estos avances siguen mostrando la recomposición de un repertorio de acción que moviliza los registros sindicales tradicionales a la vez que se inspira en otros movimientos (podemos pensar en el movimiento feminista o en la defensa de los derechos de los emigrantes por medio de las urnas y de las votaciones ciudadanas).

***ContreTemps*. Este movimiento es una movilización sobre la reforma de las pensiones. Pero es también mucho más: la cuestión de las pensiones parece haber sido un *casus belli* para rechazar, en general, este poder y su política. ¿Cómo comprendéis esta dimensión sistémica del movimiento y cuáles son sus implicaciones, ya que la victoria no puede ser sino política?**

Sin establecer ninguna jerarquía, podemos relacionar una serie de puntos, parcialmente imbricados, que permiten reflexionar sobre esta dimensión política:

1. La centralidad incontestada de las organizaciones sindicales en el movimiento ha ido pareja a una débil visibilidad de los partidos de la oposición. El PS se ha posicionado contra la reforma del gobierno Fillon, pero comparte

las premisas económicas neoliberales. A la izquierda de la izquierda, las distintas organizaciones han privilegiado su aparición propia en el movimiento, en detrimento de una intervención política común: muy lejos de la coordinación flexible a que nos referíamos en el caso de la intersindical (¡sin por ello idealizarla!). Se ha impuesto la división, de manera que los partidos no han estado en condiciones de ser los catalizadores de un enfado que desborda el caso de las pensiones y que refleja al sentimiento de inmoralidad y de ilegitimidad del poder, de violencia y de injusticia de su política.

2. Pero las organizaciones sindicales tampoco han jugado este papel, ya que en su mayor parte no desean endosárselo. Ya en 2009, Bernard Thibaut insistía en el hecho de que la metrópoli no era como Guadalupe y que una estrategia de tipo LKP sería un error. De hecho, queda claro que la institucionalización del campo sindical en Francia se traduce, por la manera como sus actores conciben su posibilidad de acción y su legitimidad, en la aceptación de una compartimentación estanca entre las esferas asociativa, sindical y política. El registro de argumentación que realizan las organizaciones dominantes en el campo sindical es el diálogo social. No contemplan la construcción de un frente amplio, socio-cultural, que permita la mayor contestación posible al poder, porque consideran que éste no es su papel.

3. Desde ese punto de vista, el tema de las pensiones revela la parte de mito que estructura los discursos sobre el diálogo social, sobre una democracia social que podría desarrollarse tranquilamente, con sus reglas y su temporalidad propias, al margen de la democracia política. La idea de una subordinación consentida de los actores sindicales ante el poder político ha mostrado sus implicaciones prácticas: un gobierno que, cuando decreta la urgencia de reformar, se olvida de cualquier procedimiento de negociación previa. Al final, por cierto, ningún responsable sindical habrá tenido que consentir en autodesarmarse, partiendo del principio de que una vez votada la ley la contestación debería abandonar el terreno de la calle. Sólo una minoría de organizaciones ha mantenido ese discurso (UNAS, CFE-CGC), pero manteniéndose en el marco de la intersindical.

4. Cuando las organizaciones sindicales aceptan una parte de responsabilidad política, ésta suele transfigurarse en forma de expertos. Se trata de convencer de la credibilidad de sus propuestas, argumentando sobre puntos internos de la reforma, como es el caso de la CFDT, o proponiendo, como lo hacen la CGT, la FSU y *Solidaires*, otra reforma, en relación con economistas y organizaciones como ATTAC. Se trata de un trabajo muy valioso en la medida en que arma al sindicalismo, le permite hacerse oír en los medios de comunicación y crea lazos con otros sectores. Pero para que este realismo técnico no pierda de vista sus objetivos estratégicos, tiene que articularse con un pensamiento “caliente”, con valores, con la afirmación práctica de la visión del mundo que serviría a un proyecto real de salvaguarda de las pensiones por medio de la redistribución.

5. Lo cual conduce a un último punto de reflexión: los mejores proyectos del mundo no tienen ningún alcance si no son mantenidos por un entusiasmo popular, si no se asocian a imágenes de la sociedad deseada, si no se inscriben

en una historia colectiva. El movimiento puede ser la ocasión para que los responsables sindicales tomen conciencia de esta responsabilidad que les incumbe y que tiene que ver con los grandes momentos del movimiento obrero –cuando las propuestas de las organizaciones sindicales alimentaban el debate político, desde el planismo cegetista de los años 1930, a la nacionalización y la seguridad social en tiempos de la Liberación, hasta el socialismo autogestionario en los años 70. Cuando la izquierda está indolente y dividida, sería posible que importantes fracciones del movimiento sindical hicieran de catalizador con la elaboración de una auténtica agenda de transformación social. Una elaboración que no es el resultado de la “audiencia” de los dirigentes políticos a las organizaciones sindicales, sino de una dinámica autónoma que permita a los sindicalistas tejer lazos duraderos entre sí y con todos aquellos, ciudadanos, asociaciones, movimientos sociales, que han contribuido a alimentar la contestación de las últimas semanas.

Dicho proceso supondría poner en pie estructuras *ad hoc*, ya que el marco de la intersindical, cuyo interés no está en cuestión, reviste otra función. Entre una intersindical que se mantiene por la búsqueda del consenso, y la guerra de todos contra todos a que se libran las organizaciones confrontadas a la conquista de su representatividad en las empresas, existe un espacio intermedio que ocupar, el de una cooperativa de elaboración estratégica.

Publicado en la página web de la revista *ContreTemps*:

<http://www.contretemps.eu/interventions/automne-2010-anatomie-dun-grand-mouvement-social>

Traducción: VIENTO SUR